



INSTITUTO LITERARIO Y CULTURAL HISPANICO

ALBA DE AMERICA
Revista Literaria

Volumen 13

Julio 1995

Números 24 y 25

LA ESPERPENTIZACIÓN DEL OTRO EN LA LITERATURA DEL SIGLO DE ORO (DOS CALAS EN QUEVEDO Y BARRIONUEVO)

IGNACIO ARELLANO

Universidad de Navarra, UNED-Pamplona

La visión del «otro» es un problema muy complejo que involucra cuestiones psicológicas, culturales, étnicas, prejuicios de todo tipo, y perspectivas varias en el observador, cuyo punto de vista se liga a su circunstancia histórica y personal, a los códigos de escritura vigentes, etc. Pregunta fundamental¹ es: ¿cómo funciona la mirada del observador sobre el otro? ¿cómo transforma al otro el punto de vista adoptado?

En el ámbito del Siglo XVII español, siglo de crisis múltiples, con sensación de acoso, por los enormes problemas políticos, económicos, militares, ideológicos, aquel que puede definirse como «el otro» se presenta casi siempre como amenaza, u obstáculo, y se somete a una perspectiva degradante. Como apuntan los estudiosos franceses Redondo, Fiorato y Dufournet², el otro «se percibe como fuente de agresión real o imaginaria. Expresión de los miedos, las fobias, prevenciones diversas, es frecuentemente diabolizado por una especie de maniqueísmo que lo rechaza. Su imagen es conscientemente deformada».

Las deformaciones, caricaturizaciones, lo que podemos llamar (por usar un término previsto en el programa de nuestro congreso), la esperpentización del otro, constituye en el Siglo de Oro un territorio muy vasto y variado. Sólo pretendo ahora hacer un par de calas que me parecen significativas: una relativa a la obra de Quevedo, quizá el escritor con más potencia esperpentizadora de la literatura española, y otra en la obra de Jerónimo de Barrionuevo, a quien no orienta ningún

¹ Ver las observaciones de J. Dufournet, A. Ch. Fiorato, A. Redondo en la introducción a *L'image de l'autre européen*, París, Sorbonne, 1992, espec. p. 7.

² Dufournet, Fiorato, Redondo, *L'Image*, p. 7. La traducción es mía.

objetivo específicamente literario en sus *Avisos*, y que por tanto refleja en sus páginas una mirada más centrada en lo social o político, en tanto no se somete a criterios estéticos enmarcados en códigos expresivos que deben mucho a la tradición satírica.

Algunas observaciones sobre Quevedo

Quevedo, como señaló Borges, es, más que un hombre, una compleja y dilatada literatura. Asume todas las tradiciones literarias, todos los códigos expresivos de su tiempo, y los adapta y utiliza en un insuperable ejercicio de intertextualidad. La visión del «otro» que nos ofrece es igualmente complicada: ¿hasta dónde llegan las pulsiones personales, los complejos psicológicos del hombre Quevedo, y la exhibición literaria de ingenio? ¿Qué debe su caricatura a la violencia ideológica y qué a la estética de la *admiratio* barroca? No voy a entrar en cuestiones tan arduas. Señalaré sólo ciertos aspectos que me parecen ilustrativos, recopilando algunos datos, probablemente muy conocidos, pero que me interesa unificar bajo la perspectiva de la mirada recelosa hacia esa «alteridad» sentida como territorio enemigo.

El concepto de alteridad puede en Quevedo examinarse en numerosas vertientes: así, encontramos el otro sexo, con la esperpentización de la mujer; los otros grupos sociales, con el ataque a los bajos oficios y caballeros fingidos; la otra raza, con la caricatura de moros, judíos y negros; o, en fin, la otra literatura, con su feroz burla de los cultos, encarnados eminentemente en don Luis de Góngora.

En todas estas líneas Quevedo aplicará la técnica del grotresco³, con la degradación más violenta, cuya interpretación es discutible⁴, pero cuya presencia, intensa, es evidente.

³ Cfr. para una aproximación general a la técnica grotesca de Quevedo, así como para una teoría de lo grotesco, J. Iffland, *Quevedo and the grotesque*, London, Tamesis, I, 1978; II, 1983.

⁴ Por ejemplo, su ataque a la mujer ha sido interpretado como defensa de un tímido acomplejado frente al otro sexo, o como expresión del sentimiento de pecado (enraizado en algunos textos patristicos muy enemigos de la mujer), o como reelaboración de una tradición satírica universal... Etc. A mi juicio, cada tema ha de ser analizado en varias vertientes, pero siempre hay, efectivamente, una tipología literaria como integrante básico, sin negar implicaciones ideológicas, psicoanalíticas o de otra clase. Para estas y otras cuestiones sobre la actitud satírica de Quevedo remito a mi *Poesía satírica burlasca de Quevedo*, Pamplona, Eunsa, 1984, donde estudio muchos aspectos que ahora menciono de pasada o sin la documentación completa, que se podrá encontrar allí.

La mujer es, como se sabe, uno de sus temas satíricos favoritos. Caracterizada por su codicia y venalidad, los tipos protagonistas de su sátira son las busconas, las viejas (dueñas y brujas sobre todo) o las figuras femeninas ridículas y deformes. El motivo de los cosméticos ayuda a la exageración esperpéntica de la mujer postiza, compuesta de moño falso, tacones altos, vestido pomposo, de modo que al desnudarse desaparece y su marido la manda pregonar⁵. Aparecerán las mujeres sin nariz (poemas Nrs. 580, 803), flacas como puñales (Nº 620), gordas gigantes como ballenas (Nº 788), enanas (Nº 628)... Metáforas animalizadoras y cosificadoras, motivos macabros y repugnantes, definen este universo de la caricatura agresiva. Véase el devastador soneto 597, retrato de Isdaura, hecho a base de una mezcla grotesca de elementos de los reinos de la naturaleza, con su visión del cuerpo humano en términos de utensilios y animales, con connotaciones de caos y monstruosidad en la serie de imágenes que incluyen tenedor, pebetes, esquifes, juanetes, cazones, gatos, ganzúas, afeites, bigotes, Pilatos, letrado barbadísimo o ladillas parásitas, sin que falte la alusión paródica a motivos líricos:

*Un tenedor con medias y zapatos,
descalzos y desnudos dos juanetes,
por patas dos esquifes con juanetes,
por manos dos cazones y diez gatos,
en el mirar trescientos garabatos,
la color solimán fondo en hametes,
por cejas dos bigotes con ribetes,
por ojos dos furísimos Pilatos,
por vientre un barbadísimo letrado,
pues a hacer penitencia las ladillas
se vinieron a él como a desierto,
culo aun de florentines desechado,
toda tabas y tetas y ternillas:
esta es la Isdaura que a Lisardo ha muerto.*

⁵ Ver el soneto «Si no duermes su cara con Filena», que se inspira en un epigrama de Marcial (libro 9, epig. 38, In Gallam). Cuando indique poemas de Quevedo, los identifico siempre por la numeración de la ed. de Blecua, *Poesía original*, Barcelona, Planeta, 1981.

Se trata, en suma de una verdadera anatomía grotesca, (que no sólo afecta a la mujer, sino a todas las llamadas figuras 'personajes ridículos o extravagantes') donde las bocas están sin dientes (708, 729), la nariz húmeda de destilaciones (748), los ojos hundidos en el cráneo, la cara se identifica con el trasero en un mecanismo de inversión carnavalesca, y el cuerpo humano se cosifica, comparando, por ejemplo, a los flacos con varillas de cohete, punzones, flechas, cañas, leznas, espárragos o puñales; o se animaliza, en una serie de caras de grajo, de lamprea, de loro, papagayo, aspectos de elefantes y ballenas, clavos que parecen perros chinos, o viejas parecidas a micos, simios, cocodrilos o ranas⁶. El retrato de la mujer de un abogado (Nº 748) dice:

*Doña Momia sin ser carne,
cecina del otro siglo,
cuerpo zurcido de cuartos
quitados de Peralvillo⁷
muchos años de tarasca
en pocos meses de mico,
vieja vida perdurable,
calaverazo infinito*

...

Cara de aldaón en puerta

...

*frente cáscara de nuez
que ha profesado de jimio,
dos ojos de vendimiar
en dos cuévanos metidos*

...

*barba que con la nariz
se junta a dar un pellizco,
sueño de Bosco con tocas*

...

⁶ Ver para estos ejemplos y otros en general mi *Poesía satírica burlesca de Quevedo*, Pamplona, Eunsa, 1984.

⁷ Es decir, hecho de trozos de cadáver, como un monstruo de Frankenstein avante la lettre: Peralvillo era el pueblo en el que ajusticiaba la Santa Hermandad a los delincuentes, y tiene connotaciones de muerte fulminante.

*visión cecial detestable
rellena de cocodrilos*

Y es que la vieja concentra todos los defectos en esta visión grotesca de la mujer: recuérdese, entre otros, el soneto «Pinta el aquí fue Troya de la hermosura» (Nº 551) donde parodia el retrato lírico de la donna angelicata, y que empieza «Rostro de blanca nieve fondo en grajo», o el retrato de la inolvidable dueña Quintaño de los Sueños⁸:

*una vieja o espantajo.. con una cara hecha de un orejón, los
ojos en dos cuévanos de vendimiar, la frente con tantas
rayas... que parecía planta de pie, la nariz en conversación
con la barbilla que casi juntándose hacían garra... la boca
a la sombra de la nariz, de hechura de lamprea, sin diente ni
muela, con sus pliegues de bolsa a lo jimio y apuntándole ya
el bozo de las calaveras en un mostacho erizado, la cabeza
con temblor de sonajas... en el pico de la nariz columpián-
do se uná moquita, por donde echaba un tufo de cimiterio*

El rechazo del *otro* social, del no perteneciente a la clase aristocrática, cuya ideología domina en el XVII, se refleja en la serie de retratos dirigidos contra varios personajes de baja condición (un tabernero, pastelero, obligado del aceite) que se hacen retratar como nobles. Quevedo acumula las invectivas como reacción ante lo que se siente intento de usurpar un lugar social vedado a esos otros (630, 631, 632, 633, 634): del obligado del aceite, por ejemplo que se ha hecho retratar como Aquiles, extrae los rasgos que denotan fiereza bélica exagerándolos hasta el ridículo: ceño fruncido, barba negra, mostachos grandes como cuernos, color lóbrego, penacho tan grande que se lo pisa, etc. Pero la burla de médicos, con sus enormes sortijas, sus sombrerones y guantes, o la de los falsos nobles, no es menos acerada. Especialmente se irrita el poeta ante el caballero chanflón, es decir, el que, como la moneda falsa, se hace pasar por noble no siéndolo. La cofradía de los parásitos del *Buscón* es buen ejemplo de esta esperpentización y bastará recordar un fragmento:

⁸ Cito por mi edición de los *Sueños*, Madrid, Cátedra, 1991, pp. 373-75, para este pasaje.

Cuál, para culcusrse debajo del brazo, estirándole se hacía L. Uno, hincado de rodillas arremedando un cinco de guarismo, socorría a los cañones. Otro, por plegar las entrepiernas, metiendo la cabeza entre ellas, se hacía un ovillo. No pintó tan extrañas posturas Bosco como yo vi (Libro III, cap. 2)

Contra la alteridad racial y religiosa, la ideología rígida del XVII, de la cual es Quevedo un buen exponente, reacciona visceralmente. Acaba de ser publicado hace poco un opúsculo quevediano inédito⁹ cuyo título es bien significativo: *Execración por la fe católica contra la blasfemia obstinación de los judíos que hablan portugués y en Madrid fijaron los carteles sacrílegos y heréticos, aconsejando el remedio que ataje lo que, sucedido, en este mundo con todos los tormentos aun no se puede empezar a castigar*. Esta perspectiva es frecuente, y se agudiza por la llegada de financieros judíos portugueses, apoyados por Olivares (ése es precisamente el marco histórico de la *Execración* citada). Quevedo, aparte sus ataques argumentados por razones de seguridad nacional y pureza religiosa, insistirá en algunos elementos tópicos de la caricatura del judío, sobre todo en su larga nariz y en el odio al cerdo, como en el epigrama contra un clérigo enterrado en una capilla de San Antón:

*Aquí yace mosén Diego,
a Santo Antón tan vecino,
que huyendo de su cochino
vino a parar en su fuego.*

Moros y negros compartirán con diversos matices esta visión caricaturesca: con los primeros la esperpentización es sobre todo verbal, basada en chistes dilógicos, juegos de palabras (con solimán, un cosmético llamado también gran turco) o en insultos tópicos (perro, galgo, etc., que eran también los que dirigían los musulmanes a los cristianos). Con los negros la caricatura se centra en retratos grotescos, como los apuntados antes de las viejas (ver el romance «Boda de

⁹ Quevedo, Francisco de, *Execración contra los judíos*, ed. de Fernando Cabo Aseguinolaza y Santiago Fernández Mosquera, Barcelona, Crítica, 1993.

negros», Nº 698).

Otros más cercanos, pero diferenciados en cierto grado, y por tanto ajenos también al grupo de pertenencia del observador, son los extranjeros y forasteros, los demás europeos o los habitantes de otras regiones españolas: también se procederá a su caricatura, ahora fundamentalmente en la línea de motivos tópicos del folklore: los asturianos carecen de cogote, los gallegos son ignorantes y sucios, los vizcaínos y navarros cortos de ingenio, los andaluces matones y pendencieros; y en Europa los italianos homosexuales, franceses e ingleses, gente sin palabra y propensos a la herejía y traición... Pero de estos «otros» volveré a tratar enseguida a propósito de Barrionuevo y los dejaré por ahora a un lado.

En el caso de un literato como Quevedo es muy interesante su percepción del otro como rival o cultivador de «otra» literatura, enemiga, opuesta a la que él defiende. El caso más claro es el de su enemigo Góngora. Probablemente hubo motivos personales de enfrentamiento, pero a mi juicio, la enemistad constante obedecía a la conquista del espacio de la fama literaria, con todo lo que eso suponía en la sociedad aurisecular. Probablemente los dos poetas mayores del siglo (junto con Lope) no soportaban la coexistencia, y la rivalidad estalla en las polémicas literarias que derivan en ambos a lo personal. Las sátiras de Quevedo son a menudo ataques caricaturizadores de Góngora, cuya boca asimila a un ano que purga excrementos (metáfora que degrada a las poesías gongorinas) (Nº 826); o subraya la longitud de su nariz que denuncia sangre judía (827), y se burla de su vejez, calvicie y suciedad, llamándolo entre otras lindezas albañal del Parnaso (826), almorrana de Apolo (828), o sirena de los rabos (828).

Digna de mencionarse es también la esperpentización de Ruiz de Alarcón, cuyas jorobas y pequeña estatura dan la excusa para un retrato gracioso y feroz, en donde lo compara con una hormilla de bonetes, muñeca de andrajos, rodaja de espuela, gorgojo, piojo, ranilla, cangrejo, etc., según la técnica del motejar que ha estudiado con pericia Maxime Chevalier ¹⁰.

¿Quién parece con sotana

¹⁰ Ver entre otros, su último libro, *Quevedo y su tiempo. La agudeza verbal*, Barcelona, Crítica, 1992.

empanada de ternera?
¿Quién si dos dedos creciera
podiera llegar a rana?
¿Quién puede ser almorana
de la peor rabadilla?
Corcovilla

Aunque no es momento de examinar las raíces en la tradición literaria de muchas de estas caricaturas, he ido señalando algunos elementos que se enmarcan en determinados códigos expresivos heredados, desde las recreaciones de Marcial en la sátira misógina, a los motivos de la sátira de oficios, relacionados con muchos textos anteriores, desde las mismas Danzas de la muerte¹¹. Lo que quiero subrayar es que en Quevedo la esperpentización del otro, aunque obedece sin duda a motivos variados, tiene un resultado final que se ordena en un cuadro de jerarquías literarias y de técnicas expresivas conceptistas que es su primordial interés. Puede, por tanto, ser ilustrativo comparar, siquiera someramente, este tipo de visión con la que nos ofrece un corpus distinto, el de la prosa noticiosa de Jerónimo de Barrionuevo.

Algunas observaciones sobre Barrionuevo

Los *Avisos* de Barrionuevo pertenecen a un género de escritos de (para)literatura pragmática, cuya fidelidad a la realidad coetánea que describen es más estrecha que la que generalmente muestran los textos de ficción. Pero no son, claro, un reflejo exacto: proponen una reflexión que depende de la propia perspectiva y de la que se desprende una imagen que implica un grado de compromiso. Barrionuevo, clérigo, tesorero de Sigüenza, y vecino de Madrid en los años de 1654 a 1658, pretende dar noticia a otro clérigo de Zaragoza, de los sucesos que se comentan y producen en la corte¹². Ahí aparecen a menudo los

¹¹ Ver I. Nolting-Hauff para esta cuestión, *Visión, sátira y agudeza en los Sueños de Quevedo*, Madrid, Gredos, 1974.

¹² Algunos detalles elementales de Barrionuevo y su obra se hallarán en la introducción de Antonio Paz Y Meliá a la edición de la BAE, tomo 221, pp. 1-12. Cito a Barrionuevo por esta edición,

distintos pueblos de Europa. La visión de Barrionuevo parte de una perspectiva definida por el «activismo» hispánico del relator y por una imagen del mundo global que obedece a las circunstancias históricas, y más precisamente políticas, del momento, a diferencia de las obras literarias, donde el «otro» se caracteriza a menudo por los tópicos de la tradición literaria y folklórica vigente.

El enfrentamiento con España es la línea maestra que conduce la imagen que tiene Barrionuevo de otros europeos, y los protagonistas ocupan diversa jerarquía en su atención según el grado de esta oposición: principalmente hallaremos, pues, comentarios sobre portugueses, ingleses y franceses, y en un grado mucho menor holandeses, alemanes, italianos, suecos, y otros más esporádicos¹³.

La mirada que se dirige a estos europeos es una mirada xenofóbica, y hunde su raíz en la afirmación de la guerra como medio de relación entre los pueblos del área. Una observación de Maravall¹⁴ plantea algunos puntos centrales que pueden aplicarse a la imagen del otro europeo que encontramos en los *Avisos*:

se producen manifestaciones xenófobas [...] Si la figura del extranjero había ofrecido aspectos favorables en otras épocas [...] ahora, con el prenatalismo del siglo XVII, con el sistema general e ininterrumpido de las guerras interestatales, con la codicia del mercantilismo y quizá con la conveniencia de buscar a alguien sobre quien descargar las desdichas que se sufren, el extranjero pasa a ser [...] una figura indeseable

Guerra múltiple que aqueja a España, y que ofrece para Barrionuevo

indicando tomo y página. Rehago en estas líneas algunas observaciones más en «L'image de l'autre européen à travers les *Avisos* de J. de Barrionuevo», en *L'image*, cit., 265-76. En este artículo se hallarán otros datos y comentarios.

¹³ España, durante estos siglos mantiene relaciones de variada tensión con el resto de Europa. En general, y como apuntan Carreira y Cid en su análisis de la situación europea a propósito de las andanzas de Estabanillo González, salvo la Europa «austriaca» el resto es un mundo hostil (ver *Vida y hechos de Estabanillo González*, ed. A. Carreira y J. A. Cid, Madrid, Cátedra, 1990, pp. XXX ss.).

¹⁴ *La cultura del Barroco*, Barcelona, Ariel, 1980, p. 111 y n. 128. Ver también en p. 329: «los movimientos de oposición política, las rebeldías y conspiraciones, y sobre todo el hecho nuevo de que la guerra se haya constituido de un modo general y persistente de relacionarse los pueblos, suscitan una concepción del hombre como sujeto en perenne y constitutiva pugna con sus semejantes».

un fuerte ingrediente religioso: el enemigo es enemigo político y hereje, y la enemistad es una cuestión de hegemonía y de religión. Pero al lado de ésta, hay otra razón estrechamente aliada: la económica. La aguda conciencia de crisis económica y la obsesión por el estado de la economía nacional busca una justificación en la rapiña de los extranjeros, que se convierten así en causantes de la pobreza¹⁵. En esta coyuntura la visión de los otros europeos en estos *Avisos*, se somete a la crítica negativa por medio a veces de la esperpentización y deformación diabolizadora del enemigo.

Los más cercanos son los portugueses, en un momento en el que se va desvaneciendo la esperanza de integrarlos definitivamente en la Corona española¹⁶. De los tópicos literarios sobre portugueses no se rastrea ninguno en los Avisos. La imagen del portugués se basa aquí en la política y no en el folklore. Lo que se destaca en primer lugar es su enemistad acérrima con Castilla¹⁷. Un caudillo portugués rechaza un regalo de nieve que le hace el duque de San Germán, asegurando que viene a beber solo sangre caliente de castellanos (II, 206). Portugal es asilo de delincuentes y malhechores (II, 25), y Barrionuevo lo representa metafóricamente como un perro de ataque que tiene a España cogida de la oreja y «no nos deja menear» (II, 211). Esta metáfora degradatoria no es la única de la que se sirve: al comentar los tratos entre ingleses y portugueses en perjuicio de España compara a los dos con «putas y rufianes» (I, 195) y el extremo negativo es la asimilación a los mismos diablos, que también hallaremos para franceses e ingleses (i, 61). No se trata sólo de una expresión

¹⁵ Es motivo literario típico en la caricatura de los extranjeros especialmente los franceses — buhoneros— y los genoveses —banqueros—: baste remitir Herrero, *Ideas de los españoles del siglo XVII*, Madrid, Gredos, pp. 385-407 y 352-69 donde acopia numerosos textos literarios y de otra índole. Murcia de la Llana en su *Discurso político del desempeño del reino* escribe: «cierto es que las naciones extranjeras que residen en España, su mayor nervio de enriquecerse es por el trato y contratación por la mar; pues ¿qué razón hay para que el pobre natural de España con su sudor y su sangre se la esté conservando [la riqueza] para que él la disfrute con sus tratos?» (cit. por Maravall, *La cultura*, p. 111, n. 128). Una de las obsesiones centrales en los *Avisos* es precisamente la económica y financiera.

¹⁶ La actitud de Barrionuevo es no obstante clara al respecto: la apelación que se da siempre al rey de Portugal es la de «Tirano» ('usurpador' en la terminología política del tiempo): I, 42, 43, 71, etc.

¹⁷ Herrero, *Ideas*, pp. 149-54 para el reflejo de este antagonismo en los textos literarios. Ver todo el capítulo IV para los motivos literarios y folklóricos ausentes en Barrionuevo.

lexicalizada; en algunas anécdotas y observaciones se rastra esta asimilación diabólica que forma parte de una estructura coherente de ataque: se comenta el caso de un médico portugués que endemonia a los enfermos que cura (I, 139), y en otros lugares se da como cierto que unos espías franceses se sirven de diablos familiares (I, 316), asistentes que se atribuyen igualmente a Cromwell y que le inspiran la política inglesa (II, 86); es una diabolización de los enemigos constante, de la cual citaré luego otros testimonios.

Los ingleses —que atacan las posesiones españolas en Indias, piratean las flotas, merodean en Cádiz— participan, como enemigos, de estos mismos rasgos de barbarie atroz (I, 72), pero suman dos elementos definitorios: la traición y falta de palabra, y sobre todo la herejía¹⁸. En Cromwell se concentra de modo arquetípico la visión negativa: es una «bestia» aconsejada por los demonios (II, 86) cuya destrucción se solicita al mismo Dios (I, 257). De nuevo funciona la diabolización del enemigo (I, 292: «tanto demonio inglés», I, 304: «tanto navío inglés y demonio como nos persigue», etc.) como metáfora que compendia esta visión.

Semejante identificación¹⁹ funciona sobre todo en otros europeos vecinos, mayores enemigos, si cabe: los franceses, cuya enemistad proverbial es lugar común, según desarrolla entre otros muchos Carlos García en su obra de principio de siglo, *Antipatía y contrariedad de españoles y franceses*. Se perfila al francés como traidor a la religión. No ya con el Turco, sino con el mismo diablo se alía el francés para perjudicar a España: «Hasta con el diablo tiene el Francés hecha alianza contra nosotros, que su odio no puede llegar a más ni su descaro puede ser mayor con Dios y con todo el mundo» (I, 316). La función de «chivo expiatorio» que Maravall había señalado en la xenofobia aurisecular, también gravita sobre los franceses y en algún caso de

¹⁸ Herrero, *Ideas*, pp. 466 yss. Para Cromwell, pp. 481-84. Otras menciones de ingleses en las cartas LIV, LXII, LXIII, LXXII, LXXVI, LXXVII, LXXX, LXXXIII, LXXXVIII, XC, XCI, XCIV, XCV, XCVII, XCVIII, CI, CII, etc. Ver el índice en BAE, 222.

¹⁹ I, 97, 131, 135, 136, 137-38: «demonios», «diablo de nación», «Demonios son», «ellos son diablos», «demonios son», etc. Cfr. otros pasajes citados por Herrero, *Ideas*, pp. 413-14. Ver Benito Pelegrin, «Les français dans *La hora de todos* de Quevedo et dans le *Criticón* de B. Gracián: de la satire à l'allégorie», en *La contestation de la société dans la littérature espagnole du siècle d'Or*, Toulouse, Université, 1981, pp. 179-191, y el trabajo de J. Riandière en este coloquio.

forma extremadamente arquetípica: en el aviso del 2 de julio de 1656 (I, 295), por ejemplo, se explica la epidemia de peste de Nápoles por el envenenamiento que hacen unos franceses echando polvos en las carnes, verduras, flores, fuentes, calles, casas y por el aire: es exactamente el modelo de las acusaciones a los judíos en las epidemias de peste medievales que comenta René Girard en *Le bouc émissaire*²⁰, y que culmina, como en la noticia de Barrionuevo, con la matanza colectiva.

Con menor protagonismo que los anteriores aparecen otros europeos, que por razones de espacio dejo de comentar.

De lo que tan elementalmente acabo de exponer parece desprenderse con claridad que la visión del otro europeo que caracteriza a los *Avisos*, es una visión hostil y negativa que se ordena en los ejes de la lucha política, la guerra y la confrontación religiosa, ejes que determinan y orientan de modo decisivo la perspectiva del relator. El metaforismo diabólico que hemos visto operar sobre los europeos enemigos de España se completa con otras imágenes que en el reducido despliegue retórico de esta prosa noticiera cobran especial relieve. Pero si hubiera que buscar una fórmula que resumiera de modo sintético y preciso la visión que nuestro clérigo tiene del resto de Europa y su relación con España, según he tratado de sugerir en las líneas precedentes, difícilmente se hallaría otra mejor que la alegoría del pasquín que sale en Roma y que se describe en el aviso del 24 de octubre de 1654 (I, 73):

En Roma ha salido ahora un pasquín gracioso. Una vaca muy gruesa, con grande ubre, escrito en la frente España. Muchos becerrillos que la maman alrededor, con rótulos: Inglaterra, Flandes, Holanda, Francia, Alemania, Italia y otros enemigos nuestros. Asido de los cuernos, el rey de Francia, teniéndole casi torcida la cabeza, y sobre el lomo, muchos togados con gorras y palos en las manos que la van guiando

No hubiera hallado el mismo Barrionuevo una formulación personal

²⁰ Manejo de la ed. española de Barcelona, Anagrama, 1986. Ver por ejemplo las pp. 7-63.

que expresara mejor su visión de los otros según se me alcanza a mí de la lectura de sus *Avisos*.

La diferencia que muestra con Quevedo es fundamentalmente una diferencia de técnicas expresivas y de restricciones en cuanto a los elementos literarios. La caricatura y esperpentización quevedesca es insuperable; la diabolización del enemigo en Barrionuevo permite hacer corresponder el universo de la sátira literaria con la visión pragmática de la sociedad y la política coetánea. Ambas son, como se puede ver, coherentes al expresar una sensación de acoso y de crisis, en la que el ataque verbal funciona como resorte de defensa y válvula de escape.